

Donados a la Biblioteca



nº 1

BIBLIOTECA HISPANICA

La defensa del Alcazar

Por "Hispanico"



Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA CENTRAL



10000252419

Donados a la Biblioteca Municipal
El autor *Enrique Rold, almaraz*
"Hispanico"
BIBLIOTECA HISPÁNICA

FAI

R

4.5419

La Defensa del Alcázar

Por "Hispanico"



R. 122.497

Lib. e Imp. General de J. Jalón Mendiri, Cervantes, 3 y 5, Logroño

La provincia de Toledo se sumó al glorioso movimiento salvador de España, iniciado contra los rojos el 19 de Julio de 1936. Fecha histórica para los destinos del mundo. La España auténtica echaba sobre sus espaldas la carga abrumadora de salvar una civilización puesta en peligro por la barbarie.

España sucumbía bajo una falsa república, entregada de pies y manos a los sicarios de la Rusia soviética, que, bajo un liberalismo insustancial y estúpido y con la efigie de una democracia palabrera, se había ya librado con satánico frenesí al materialismo destructor. Sin el acto valeroso de Franco, no sólo España, sino todo el contenido de una civilización puramente cristiana hubiese desaparecido. Pero, lo que debió ser un triunfo inmediato de la sana opinión española contra los claudicantes y pervertidos gobernantes, quebró momentáneamente, debido al furor desatado de las turbas callejeras, que hizo retroceder a los espíritus pusilánimes allí donde no se vieron sostenidos por jefes animosos y leales al movimiento.

En Toledo, al estallar los primeros disparos, quedó la ciudad sumida en las siniestras sombras de la noche. El Gobierno de Madrid pide al Coronel Moscardó envíe el millón de cartuchos y todas las municiones que se encuentran en la Fábrica de Armas. Como el Coronel estaba comprometido en el alzamiento, contesta flemáticamente que le comuniquen la orden por escrito, para ganar tiempo y comenzar la defensa de la ciudad.

Nuevo telefonazo. Esta vez, del General Pozas, amenazando a Moscardó.

Nueva evasiva del heroico patriota defensor de Toledo.

Declárase el estado de guerra y las turbas se desparan por la población, mientras la Guardia civil y algunos militares se concentran en el Alcázar.

Vuelven a llamar telefónicamente a Moscardó. El General Riquelme le interroga:

—¿Podemos contar con usted? ¿Permanece usted fiel a la república?

—Según a la que sea— responde el Coronel. A la república española, sí. A la república soviética, no.

—Entonces, entregue las armas y municiones que tiene custodiadas en la Fábrica.

—Yo no puedo poner esas armas en manos de las milicias marxistas.

El Coronel, no sin grandes dificultades, aprovechó la noche para llevarse las municiones y las armas al Alcázar.

Un avión del gobierno había lanzado proclamas al Alcázar para que se rindieran y el Ministro de Bellas Artes, señor Barnés, alegando razones "estéticas", aconsejaba desde la Central de Toledo que sería lástima que por aquella "muchachada" disculpable y hasta simpática en otras circunstancias tuviera que bombardearse un monumento nacional de tanta valía como el Alcázar.

Una columna de 6.000 hombres, verdaderos energúmenos, mandados por el General Riquelme, se adueña de la ciudad, y, ante la lucha desigual, los auténticos españoles se encierran en el Alcázar, mientras el populacho saquea los domicilios de las personas de orden y la luz de la luna ilumina con sus destellos las torres esbeltas del Alcázar.

COMIENZA EL ASEDIO

Nunca revistió más grandeza la estatua de Carlos V, encadenando al Furor, cuyo lema de un Dios de esperanza, leían una vez más aquellos defensores como un ejemplo de la hidalguía valerosa: "Si en la pelea véis caer mi caballo y mi estandarte, levantad primero éste que a mí"

En el recinto del Alcázar se encerraban unos 1.100 hombres, de ellos 750 de la Guardia civil; el resto pertenecía a la tropa y a las juventudes de los partidos de derecha, entre los cuales se contaban un centenar de jefes y jóvenes oficiales de las diferentes Armas. Había también 520 mujeres y 50 niños.

Ya el día 21 comienza a hostilizarles la aviación y una fuerte columna mandada por el general Riquelme intenta el asalto, siendo redhazados con grandes pérdidas por los valerosos alumnos de la Escuela Central de Gimnasia.

Furiosos los rojos con este contratiempo, comienza la artillería a vomitar metralla el día 23, en combinación con la aviación, como si estuviesen practicando un deporte infernal. Aunque el bombardeo era imponente, con el estruendo consiguiente del estallido de las bombas en la fortaleza, aquellos auténticos hijos del Cid se hallan llenos de optimismo, convencidos, además, de que el movimiento triunfaría en toda España. En medio del bombardeo, los defensores en grupos y peñas comienzan a pensar en organizarse para

la resistencia. A las mujeres se las instala en los mejores sitios. Se prohíbe a los muchachos jueguen en el patio exponiéndose al estallido de las bombas. Y se improvisa, con un multicopista, un periódico para publicar las noticias agradables que se recogen en la radio. Cinco Hermanas de la Caridad que se han negado a salir del Alcázar organizan la enfermería. Se entroniza una imagen de la Virgen, en escayola, que se encuentra en el Alcázar, como Madre de la Misericordia, protectora del Alcázar. Ante ella se postran los devotos defensores. En los sótanos queda agua en los aljibes. El Comandante, confiando en la Divina Providencia, ordena que la alimentación sea abundante. Dios proveerá. Desgraciadamente, los rojos han cortado la luz eléctrica y deja de funcionar la radio.

HABLAN LOS DEFENSORES

Día 24. Como los víveres van a resultar insuficientes, pues, apenas si podrá atenderse con ellos a las 1.800 personas escasamente una semana, se ordena hacer una salida para procurárselos, ocasionando a los rojos, que se mantienen a prudente distancia, algunas bajas. Sobran los cartuchos de fusil, pero el armamento es insuficiente: 13 ametralladoras, 13 fusiles ametralladores, dos cañones de acompañamiento, dos morteros, granadas de mano, fusiles y mosquetones. Se encuentran incomunicados y rodeados de un enemigo cuyas fuerzas no bajarían de 9.000 combatientes, provistos de abundante material y cañones de todos los calibres, que dispara cada vez con mayor intensidad. También cada vez se organiza mejor la defensa y, sobre todo, no se gasta pólvora en salvas. Tiro de fusil era enemigo que caía.

Día 25.— Festividad del Apóstol Santiago, Patrón de España. El enemigo quiere profanar nuestra fiesta, arremetiendo al ataque y enviándonos una cantidad abrumadora de obuses de todos los calibres; logrando derribar la principal fachada del Norte con evidente propósito de dar el asalto. Arrojan unas proclamas aconsejándonos la rendición "ya que todo el movimiento nuestro está sofocado en toda España y nuestra resistencia resultará completamente estéril". Comprendimos la falsedad de esta afirmación, porque, después de trabajos incesantes, logramos bien que mal, arreglar nuestra radio y oír como los rojos comunicaban que los defensores del

Alcázar ya se habían rendido. Jamás podríamos imaginarnos que la falsedad de los rojos podría llegar a tales extremos, y nos producía una gran contrariedad esta noticia ignominiosa, no tanto por lo que pudiera tener de ofensiva para nosotros sino porque, de creerla nuestros defensores, tal vez desistirían de venir a socorrernos.

El bombardeo arreciaba por momentos. Sin duda, los rojos para justificar la noticia de la rendición extremaban sus ataques produciendo entre nosotros a cada momento mayores estragos. Tuvimos que organizar unos puestos de vigía, en combinación con un alta voz situado en el patio, y al divisar los fogonazos y comunicar la señal, se daba la voz de ¡fuego! para poder preservarnos del inmediato estallido. Una bomba de 150 kilos cae sobre la fachada, estropea la estatua de Carlos V y derrumba las escaleras de piedra, sin que, milagrosamente, ocasione baja alguna. Al llegar la noche sólo se oye el tableteo de las ametralladoras y se ven los resplandores de los numerosos incendios que se han producido en la capital. La luna ilumina con sus destellos impresionantes la tragedia que nos circunda.

Al día siguiente se da la nota de la jornada en el periódico con estas palabras: "El día de Santiago, Patrón de España, nos amenizó la artillería enemiga con las salvas de rigor, que evidencia su incultura, pues no tiene más eficacia que la destrucción de la riqueza arquitectónica de esta joya".

El día de Santiago se celebró como un día de fiesta, jugándose una pequeña partida de fútbol y se cantaron los himnos nacionales y jotas, celebrándose los chistes y ocurrencias del periódico.

Como la mayor preocupación para los defensores era destruir la infame patraña que habían propagado de su rendición, se pensó en comunicar con las tropas nacionales, a cuyo efecto un joven Capitán de Infantería, don Luis Alba, se ofreció a atravesar las líneas enemigas disfrazado de arriero.

Logró pasar a nado el Tajo, que era lo más penoso, y cuando, ya ufano de su proeza, iba carretera adelante, fué descubierto; pero, después de apresarle, logró fugarse. Sin la traición de un antiguo subordinado suyo, hubiera dado cima a tan inverosímil proeza; pero detenido de nuevo, fué bárbaramente asesinado por 20 milicianos y conducido

a Madrid, como trofeo del Alcázar, para pasearlo aparatosamente por las calles, permitiendo a las milicianas harpías que se cebaran con el cadáver de tan sublime y heroico mártir.

Dos días antes de haberse malogrado esta heroica hazaña ocurrió otra escena aún de mayor sublimidad y que recuerda, superándola, la ofrenda del heroico defensor de Tarifa, Guzmán el Bueno.

HABLA EL PROTAGONISTA

“En la mañana del 23 de Julio suena el teléfono dentro del Alcazar; piden de la ciudad que el señor Moscardó se ponga al aparato. Alguien con voz campanuda que suena a fatuidad y orgullo pregunta:

—¿El Coronel Moscardó?

—Al aparato. ¿Qué desea?

—Soy el jefe de las milicias socialistas, el que tiene el mando de la ciudad. ¿Me entiende? Le doy a usted diez minutos para decidirse. Si dentro de ese plazo no ha entregado usted el Alcázar, consétele que fusilo inmediatamente a su hijo y sepa que le tengo aquí a mi lado. Y para que vea que no le quiero asustar con una mentira le va a hablar su mismo hijo por el teléfono.

En seguida se oye la voz del infortunado joven:

—¿Papá, ¿cómo estás?

—Bien, hijo mío. ¿Qué pasa?

—Me dicen que si no entregas el Alcázar van a fusilarme. No tengas pena por mí. Yo muero gustoso por Dios y por España.

—Sí, Luisito, muere como español y como cristiano dando dos vivas: uno a Cristo Rey y otro a España. ¿Me prometes hacerlo así?

Detrás del teléfono sonaron distinta y claramente dos vivas, lanzados con acento seguro y varonil ¡Viva Cristo Rey! y ¡Viva España!.

La voz campanuda se volvió a oír en el teléfono:

—Señor Coronel: Abreviemos. Le he dado diez minutos de tiempo y han pasado ya cinco. ¿Qué resolución toma?

—Que le regalo a usted los cinco minutos.”

El auricular cayó sobre la horquilla.

Los circunstantes —refiere el Padre Risco— se sintieron sobrecogidos de un pavor misterioso y se lanzaron al cuello de su jefe.

Diríase que una sombra vestida de arnés y malla de acero atravesaba entonces por el espacioso salón del Alcázar mirando a su hermano con intenso cariffo. Era la sombra de Guzmán el Bueno que siglos antes, en un caso semejante, también supo sacrificar la vida de su hijo por no rendir la fortaleza cuya defensa tenía encomendada.

* * *

Con semejante acto, la causa de los rojos estaba ya juzgada ante la conciencia del mundo entero, y el brutal enemigo, desde el Alcázar había recibido el arpón que daría con su vida entre espantosos colezatos.

EMPEORA LA SITUACION

El cerco se acentúa con saña inexorable. Al mismo tiempo que terminaba la siniestra conferencia por teléfono, se dan lar órdenes para cortar la luz en el Alcázar, y sus defensores, para preservarse de aquellas espantosas tinieblas, improvisan unas antorchas con trozos de camisa y sebo de caballo.

La vida del Alcázar se desliza entre el fragor de las bombas y la siniestra luz improvisada, cuyos resplandores, llegada la noche, se reflejan en las angustiadas miradas de las mujeres y de los niños, cada día más apenados.

El rosario, que se rezaba todas las noches, resultaba imponente. Las voces femeninas y las de aquellas criaturitas inocentes, conmovían el corazón de los heroicos defensores, a pesar de su temple de acero. Entre las lobreagueces de los sótanos, un nuevo ser vino al mundo, y fué bautizado por unos oficiales.

La consigna era no dejarse invadir por el pesimismo. Cuando se veía a alguno un poco triste se le llevaba a la cámara del optimismo y de allí salía como nuevo. El periódico, además, se cubría de chistes, tanto más alegres y graciosos cuanto más denso era el aire de tragedia que se respiraba.

La inventiva velaba en acecho para la resolución ingeniosa de cualquier dificultad. Cuando faltaba la harina se

recurría al trigo, machacándolo con los trozos de granadas, ya disparadas, sobre las piedras voladas que se encontraban en el suelo. Se tuesta la cebada para tomarla en infusión, haciéndose la ilusión de que es un sabroso café. Ya no hay trigo.—Pues hay que ir por él aunque cueste la vida—. Cerca del Alcázar existe un depósito militar. ¿A ver? voluntarios para ir a por trigo. Un equipo de heroicos luchadores se preparan para hacer una salida por la noche, y, venciendo obstáculos que parecían insuperables, arramplan con media docena de sacos que resuelven la situación. No hay molino, pero sobra ingenio, y el motor de una motocicleta se adapta a un molino retirado ya por inservible, en tal forma que ambos cacharros tienen la virtud de producir harina, con la cual los improvisados cocineros fabrican riquísimas tortas de pan que van de preferencia a los enfermos, a las mujeres y a los niños.

Las mujeres quieren corresponder arriesgando lo suyo y hacen una salida a una fuente próxima al Alcázar, porque el agua de los aljibes es amarillenta y de un gusto malísimo ¡Ah! Pero allí están tan cerca los rojos que, perdiendo todo el respeto humano a la mujer, las reciben a tiros, teniendo ellas que retroceder sin aportar el precioso líquido que todos esperaban. Lo más grave es que, en previsión de que los hombres tengan más arrestos que las mujeres y vayan a por el agua, los rojos han destruido la fuente. Nadie puede lavarse y la miseria se apodera de los cuerpos de aquellos heroicos defensores. Se tiene que improvisar en los pasillos unas letrinas con unas esteras para cubrir la honestidad; pero las deyecciones y los restos de los caballos sacrificados, apestan el ambiente y tienen que ser recogidos y arrojados al foso, donde no cesan de paquear los rojos cada vez que ven aparecer una mano.

Se utilizan las patatas podridas para los enfermos y los niños.

Jamás la hidalguía hacia el débil y el amor a la familia alcanzó un grado de mayor elocuencia en los hechos de la vida cotidiana. Los defensores se privaban hasta de lo más preciso para que no faltase nada a las mujeres, y los niños son los preferidos en todo lo que significaba cualquier asomo de regalo o halago.

Era a la debilidad y a la ternura a lo que se prestaba en aquel recinto, tan lleno de peligros, todo el caballeroso

honor y la pleitesía más refinada de la raza española. ¡Qué contraste con la conducta infecta y salvaje de los rojos, de los cuales no pudo obtenerse ni la más leve o elemental muestra de humanidad o sensibilidad hacia los sitiados!

Sin embargo, éstos les demostraron su inmensa superioridad cuando uno de ellos pidióles permiso para retirar un cadáver y dejaron de tirar, pero obligándole a guardar los usos caballerosos de la guerra: con ceremonia y saludando militarmente a la española, para dar las gracias.

LA VIDA DE LAS MUJERES EN EL ALCAZAR

Resultaba un verdadero suplicio. La atmósfera de los sótanos era nauseabunda, irrespirable, sobre todo cuando se notaban las emanaciones de la trilita. La mayor parte de las noches se las pasaban sin dormir.

La niña de un sargento sufría alucinaciones angelicales. Cuando se despertaba en medio de la noche, se incorporaba en el camastro y dándole en el brazo a su madre imploraba:

—Mamita, dame pan, que "teno" hambre.

—No lo tengo, hija mía. Ya sabes que no hay pan— le respondía la madre con tristeza.

—Entonces, dame un poquito "colate"

—Tampoco hay chocolate, vida mía. Duérmete

—Entonces, dame agua.

Y el agua que se conservaba en latas de conserva o en los pucheros para apagar la sed, era ordinariamente muy amarga y de un color amarillento, atacada por la trilita.

Tal era la vida de las mujeres en los sótanos del Alcázar.

LA VIDA DEL ALCAZAR REFERIDA POR UNO DE SUS DEFENSORES

Para nosotros ha sido un alto honor celebrar una entrevista con el Teniente don Antonio Pisón y Sarabia, uno de los defensores del Alcázar.

Le preguntamos y él responde:

—¿De dónde recibían ustedes ese espíritu sobrenatural capaz de resistir lo inconcebible?

—Ya lo ha dicho usted. Del espíritu sobrenatural. ¡La Providencia! Ni un momento nos faltaron la Fe y la Espe-

ranza, y gracias a estas dos virtudes celestiales pudimos resistir y triunfar. Vivíamos en constante milagro y esto nos fortalecía, dándonos mayores bríos a medida que los horrores del sitio hacíanse más espantosos. Un día, un obús del quince y medio penetraba siniestramente por la ventana de la Sala de Banderas, donde nos encontrábamos 45 oficiales, y no hería milagrosamente a ninguno.

Otro día nos sobrecogió de terror un fogonazo cuyo proyectil arrancó la puerta de entrada, y milagrosamente no estalló, salvándonos las 200 personas que nos encontrábamos en aquel lugar.

El mayor milagro fué cuando, preocupados por los destrozos que seguramente había de producir la mina de 15.000 libras de dinamita y trilita que venían preparando los rojos, anunciándonos pomposamente que todos moriríamos aplastados bajo los escombros, el Teniente de Ingenieros que se encontraba entre nosotros, con una serenidad y precisión matemática, iba calculando y señalando los límites hasta donde llegarían los efectos de la mina para ponernos fuera del alcance de la destrucción. Y milagro fué también que la última piedra, después de la inenarrable explosión, vino a morir en el banco que había colocado para tal efecto.

—¿Cómo puede comprenderse, además, sino milagrosamente, que al separar la imagen de la Virgen, que era de yeso, del sitio donde se encontraba, porque estaban minándolo nuestros enemigos, saltó por el aire a consecuencia de la explosión, cayendo al suelo completamente intacta?

Otro hecho milagroso para nosotros. Encontrábase el Coronel Moscardó con la Junta de todo su Estado Mayor, estudiando los medios de hacer frente a una situación cada vez más apurada, cuando estalló un proyectil del 15 y medio, no produciendo más que heridos leves y contusos, a pesar de quedar totalmente deshecha la habitación.

De milagroso, puede también calificarse que el torreón Suroeste que fué volado por la formidable explosión de la primera mina de 5.000 kilos, en vez de desplomarse hacia el Alcázar, que era lo natural, enterrándonos a todos los que nos encontrábamos en esa parte, cayó al exterior, y cuál no sería la potencia de la mina, que un camión que se encontraba en la cuesta del Alcázar, frente a la puerta llamada de los Carros, fué proyectado, como si se tratara

de un juguete de papel, a gran altura y a trescientos metros de distancia, cayendo verticalmente, como si lo colocaran en su sitio, en un patio de una casa de la calle de Alfileritos.

Aun hay más. Uno de los días que nuestra Aviación bombardeaba las posiciones enemigas, por afinar demasiado la puntería, cayó una de sus bombas entre nosotros por el torreón Noroeste y recorriendo por la escalera de hierro todos los pisos, vino a pararse, sin estallar, en el mismo punto donde se encontraban 35 falangistas y oficiales. Conste que era la única bomba que aquella tarde no estalló.

Hemos de hacer constar como verdaderamente providencial que cuando considerábamos completamente agotado de agua el aljibe observamos que desde su fondo manaba una fuente natural de agua excelente.

Además, ya sólo nos quedaba trigo para siete días, pero uno de los sitiados descubrió en los alrededores del Alcázar, al alcance de nuestra mano, un posito del Banco de Bilbao con 3.000 sacos de tan precioso cereal.

Y, por último. El día de la Virgen de la Merced, rezando el Rosario de 24 horas, que se llevaba por turno, uno de los oficiales, que se relevaban de media en media hora, abrumado porque la Radio portuguesa, que era nuestra esperanza, llevaba ya cuatro días callada, se despertó bruscamente a última hora como si se operase un milagro, anunciándonos que nuestras tropas atravesaban el río Guadarrama a diez kilómetros de nosotros, pudiendo apreciar en seguida, como confirmación de tan fausta nueva, los estampidos de nuestras contrabaterías.

Tal era la fe, la creencia en Dios, la seguridad de que la Providencia velaba por nosotros y que nada podrían ni las furias ni el fuego ni las bajas maniobras de nuestros enemigos contra la voluntad divina. Y esta fe alimentaba nuestra esperanza, fundada en la convicción de que nuestros Jefes, que eran los más prestigiosos de la Nación, tenían que triunfar. Que la nobleza y la justicia de nuestra causa tenían que vencer.

Y, ¿cuál fué el momento más emocionante para ustedes?

--El día en que por vez primera apareció casi a ras de las torres un avión nuestro. Estuvimos todo el día preocupados, porque pasó rápidamente por la mañana, sin de-

jar caer nada. Pero llegó la tarde y desde bastante altura, precipitándose como si cayese en barrena sobre el Alcázar, nos arrojó 500 cajas de carne de Chicago y bastantes periódicos, remontándose milagrosamente cuando ya creíamos que se setrellaba contra el Alcázar.

—¿Y el peor momento para ustedes?

—Para nosotros el momento más triste fué cuando vimos entrar, enviado por los rojos, al Padre Camarasa, que, habiándonos de la necesidad de rendirnos, nos absolvía y nos perdonaba el pecado de defender a España. Apesadumbrados por el efecto de semejante noticia callamos un instante.

Pisón nos habla también de uno de nuestros paisanos, el heroico Teniente de Artillería López Montenegro y Niño, uno de los muertos, gloriosos defensores del Alcázar. Era un muchacho de tal valor que, esperaba las granadas y cuando no estallaban, aún calientes, las arrojaba con las manos a treinta metros de distancia.

—Diga usted que, como la resistencia y las penalidades eran como todo lo que allí pasaba, sobrehumano, cuando alguno sentía la más ligera duda de desfallecimiento se le hacía pasar a la Oficina de Optimismo, creada festivamente, donde las crisis de decaimiento se curaban instantáneamente, administrando a grandes dosis la fe y la esperanza. Y no olvidé tampoco este detalle, para vergüenza de nuestros enemigos. Celebraban la destrucción del Alcázar como un vistoso espectáculo y para recrearse con los efectos de su devastación (hubo días en que nos llegaron a disparar 450 cañonazos) acudían de Madrid personajes de viso a recrearse, y la canalla llevaba mujerzuelas que tiraban de la cuerda del cañón entre bravos y gritos de entusiasmo.

Este heroico defensor, como todos, rechaza lleno de modestia las frases laudatorias que le dirigimos.

—No hemos hecho nada de extraordinario —nos dice—. Cualquier soldado de nuestro Ejército hubiera hecho lo mismo. Es la obra de nuestro "espíritu" la que triunfa. La fe y la esperanza, sin las cuales no hay redención posible ni Patria grande. Todo se lo merece nuestra querida España.

Así hablan los verdaderos héroes.

CONTRASTES HUMORISTICOS

Al lado de la Grandeza épica del Alcázar, ¡qué de contrastes tan imprevistos que no dejan de tener también su parte de grandeza, en lo cómico!

UN CARNAVAL IMPROVISADO.— Como los defensores del Alcázar no tenían más ropa que la puesta, ésta iba adquiriendo un color pardo subido. No podían resistir de picazón y del mal olor. Y una noche fué raziada de una casa próxima a la fortaleza una buena cantidad de disfraces de Carnaval.

¡Y era de ver al día siguiente el Alcázar! Parecía un Domingo de Piñata. Había "pierrots" con tricorno de Guardia civil y dominós con el airoso gorro cuartelero.

* * *

EL ALCAZAR SIN TABACO.— Sabido es que, para los fumadores inveterados, la falta de tabaco constituye no sólo una apremiante necesidad sino una verdadera mortificación.

En el Alcázar llegaron a agotarse hasta las miserables colillas que se encontraban por los rincones y en la basura. El que lograba hacer un cigarro servía para que fuesen dando una chupada pasándoselo los unos a los otros.

Cuando se acabó toda esperanza de fumar, los fumadores no podían resistir la falta de tabaco. ¿Qué hacer para subvenir a tan apremiante necesidad?

Y como a los defensores del Alcázar no les faltaba inventiva, a uno se le ocurrió esta fantástica idea. Un centinela rojo, siempre atento a sus movimientos, no les dejaba asomarse por una de las ventanas, pues el primero que asomaba la cara en seguida recibía una rociada de balas. ¡Si pudiéramos atrapar a alguno de aquellos rojos! La empresa era difícilísima, pues el que hacía de centinela estaba bien cubierto entre los escombros que le servían de admirable parapeto. Pero uno de los mejores tiradores del Alcázar recibió el encargo, en nombre de los fumadores, de expliar al enemigo y al menor descuido darle un tiro certero. Y así sucedió. El centinela rojo dió un salto al recibir un tiro en la frente. Sus bolsillos seguramente estarían bien provistos de tabaco, y, a fuerza de apuros, de riesgos y de audacia, antes de que pudiera efec-

tuarse el relevo, consiguieron elevar hasta ellos el cadáver de su enemigo por medio de unos garfios atados a una cuerda. Cuando ya lo tenían en los brazos, los rojos, que observaron sus movimientos, la emprendieron a balazos. Pero llegaron tarde y el cadáver lo colocaron en el suelo, procediendo a una emocionante pesquición en los bolsillos.

Efectivamente, un gran paquete intacto de tabaco fué la sorpresa agradable para todos, y, sin poderlo remediar, se pusieron a bailar de alegría alrededor del "abisinio", que es como los defensores habían apodado a sus feroces sitiadores.

LA VIDA RELIGIOSA Y SANITARIA

Encontrándose sin sacerdotes, tres de los oficiales alternaban como capellanes con la Superiora Hermana de la Caridad, la que aprovechó las Formas del Sagrario para poder comulgar con las demás Hermanas, cuya abnegación llegó a tales límites que ni se desnudaban ni se acostaban ni cambiaban de ropa, para poder atender al servicio religioso y a los enfermos.

Nunca como en aquellos momentos España tuvo su auténtica representación de milicia y ascetismo. Eran los defensores del Alcázar unos verdaderos cruzados, mezcla de soldados y de monjes. Allí se vivía en perpetuo heroísmo y en constante milagro. Dios les protegía desde los cielos. De ello estaban todos seguros y por eso se defendían con aquella bravura inconcebible.

Las cinco Hermanas de la Caridad parecían unas enviadas del Altísimo. Sus oraciones llenaban el ambiente, infundiendo en todos un acendrado fervor religioso.

Los que morían, cerraban los ojos exhalando silenciosamente un ¡Viva España! y un ¡Viva Cristo Rey! que algunas veces no podían terminar.

A los cadáveres se les envolvía en una sábana y se les enterraba, al principio en el Picadero; pero así que lo advirtieron los rojos disparaban cuando veían salir el entierro, con impía ferocidad, sin ninguna piedad para la muerte. Hubo necesidad de enterrar por la noche, y, a veces, la luna, más piadosa, besaba con su luz plateada el rostro de aquellos mártires.

El estado sanitario, cosa increíble en las condiciones tan pésimas de higiene en que se vivía en el Alcázar, puede decirse que fué excelente. Sólo murieron dos ancianas de más de 70 años, de muerte natural. Y no hubo entre las mujeres y los niños un solo caso de enfermedad.

Algunos, en la farmacia, recurrieron a los tóxicos que tenían un sabor "dulce", haciendo caso omiso de la etiqueta "Veneno" con sus dos tibias y la calavera de la muerte. Y ni siquiera sintieron un mal dolor de vientre.

Tres médicos y un practicante, a la luz de una improvisada bujía de grasa de caballo y una hilacha en una lata de conservas, y con malos instrumentos quirúrgicos, hicieron amputaciones de piernas y brazos, extracciones de metralla y tres alumbramientos, casos verdaderamente difíciles en aquella atmósfera pestilente y sombría. Y no hubo un solo caso de infección. Un amputado de una pierna ni siquiera tuvo una décima de fiebre.

EL ESPIRITU DE LOS DEFENSORES

Su consigna era: ¡Patria o Muerte!

Versos que encabezan los números del periódico:

"Testigo milenario de páginas gloriosas,
de escenas y episodios de histórico valor,
hoy tienes en tu seno las fuerzas belicosas
que salvarán a España por su fe y por su honor".

Del P. Risco son estas elocuentes palabras:

"La vida del Alcázar es un lento martirio: es el sacrificio aislado y personal de unas víctimas que, acorraladas en un estrecho recinto, se rebelan ante el verdugo que las tiene cercadas: es la guarida rocosa donde se defienden unos hombres asaltados por una manada de 12.000 fieras que saben su muerte próxima, porque la madriguera se va desportillando visiblemente, bajo los zarpazos de la bestia y cada uno de aquellos pobres hombres vende cara su vida y no se resigna a morir"

LOS MIL Y UNO EPISODIOS DEL ALCAZAR

El 22 de Julio por la mañana se produce un incendio, otro el día 24.

El día primero de Agosto, fiesta marxista, fué uno de los días más terribles del asedio. De 150 granadas rompedoras que metieron por la mañana en el Alcázar solo hubo una víctima. Un perro herido. Pero no era "el Jalifa", perro adoptado por el Alcázar, cuyo animal tenía tal inteligencia que, tan pronto como oía la corneta de alarma avisando cañón o aeroplano, tomaba a todo correr las escaleras de los sótanos y era el primero que se ponía en salvo.

El heroísmo del Alcázar imponía pánico a los milicianos que no se atrevían sino a disparar a prudente distancia y bien cubiertos tras el parapeto, porque ya sabían que, al menor descuido, hombre muerto, por la prodigiosa puntería de los defensores.

Los Guardias civiles hacían una verdadera guardia de honor, ocupando los sitios más peligrosos, "siempre fieles en su deber" como ordena su famosa cartilla.

El día 8 arrojan gases lacrimógenos, cuyos efectos tóxicos se evitan encendiendo hogueras y recurriendo al cloruro de sodio diluido en agua.

Un cocinero hizo este simple comentario a tan crue! barbarie roja:

— "Aquel día lloramos por todos nuestros difuntos".

Otro día nos rociaban de gasolina el muro y las ventanas con una manga de riego y luego lanzan una bomba de mano para prenderle fuego; produciendo un efecto contrario, porque la gasolina encharcada dirigió las llamas contra el parapeto rojo y al intentar apagarlo ofrecieron a los defensores una admirable puntería que costó la vida a muchos rojos, sin producir entre los del Alcázar una sola víctima.

El Gobierno Militar, próximo al Alcázar, defendido por 50 Guardias civiles, era constantemente teatro de episodios del más acentuado dramatismo. Los rojos recurrían a todos los medios destructores para apoderarse del edificio y rendir a los incansables defensores: las bombas, la gasolina, los tanques; pero cuando ya se creían dueños, aparecían los bravos defensores y a bombazos, con el machete, cuerpo a cuerpo, acorralaban con tal ímpetu a los asaltantes que éstos, acobardados y diezmados, retrocedían.

Cada combatiente era un héroe. Este tenía en jaque a los sirvientes de un cañón enemigo, y no les dejaba acercarse a disparar, porque su puntería era mortal. El otro se abría paso con bombas de mano y él solo contra varios les hacía huir. Se tomaba, perdía y se volvía a tomar un punto extratático a cada momento.

En el periódico se iba dando cuenta de las mutilaciones del edificio, lamentándose que una joya arquitectónica debida al maestro Covarrubias, mezcla de los estilos plateresco y renacimiento, fuera profanada tan bárbaramente por aquellas hordas que no sentían un ápice de nuestra espiritualidad hispánica.

Los rojos jamás se atrevían a dar el asalto. En cambio los sitiados realizaban siempre arriesgadas escapatorias, cada vez que tenían que procurarse algo, para atender a las necesidades del Alcázar.

Para tales empresas todos se ofrecían voluntarios. Allí, muy en pequeño daba la coincidencia de que había representación de toda la España Nacional: Ejército, Guardia Civil, falangistas, requetés, Acción Popular, Renovación Española, albiñanistas, todos fundidos en un mismo ideal, con una inquebrantable voluntad al servicio de España.

Para matar el tedio y mantener la alegría se improvisó en 6 de Agosto una función de circo, donde todos se divirtieron como niños; pero las bombas lacrimógenas del enemigo disolvieron la concurrencia, destrozando la artillería enemiga todos los avíos del circo.

LA DEFENSA DE UN CADAVER

En una salida que hacen los falangistas para llevar algún alimento de la enfermería a las mujeres y a los niños se mortalmente herido el muchacho que va a la cabeza del grupo. Un compañero suyo recoge el cadáver. Pero una granizada de balas de los rojos mata también al superviviente y caen los dos. Tratan los rojos de apoderarse de los dos cadáveres, pero entonces es el turno de los falangistas, que van derribando a los que tratan de acercarse, protegiendo así de la garra inmundada los dos cadáveres de sus compañeros.

El enemigo retrocede, y los falangistas, aprovechando la noche y en medio de una lluvia de balas que los acecha,

logran llevarse sus dos compañeros muertos, rindiéndoles los honores de la Patria con voces fuertes para que se enteren los rojos.

COMO SON TRATADOS LOS PARIENTES DE LOS DEFENSORES DEL ALCAZAR

Muchos de los familiares de los defensores del Alcázar no han tenido tiempo para incorporarse a sus respectivos jefes de familia y allí han quedado envueltos entre los rojos, donde pasan todas las penas del mundo para lograr lo más preciso para la vida. Tienen que hacer cola para procurarse la leche o el pan que es el único sustento del día. Y revela el alma negra de los rojos y las angustias pasadas entre ellos por estos desgraciados este lenguaje rigurosamente auténtico sostenido por unas mujeres en una de esas colas:

—“Oye tú, esa es la hija del empleado del Banco que murió el año pasado.

—Ya he reparao. Mira, niña, ¿por qué estás delante de nosotras?

La infeliz criatura, aunque vestida como una necesitada en la última miseria, conserva, sin embargo, sus rasgos finos de niña bien educada, y, toda asustada ante aquellas mujeres agresivas, palidece. Sus labios temblorosos murmuraban con miedo:

—Señora, es que vine antes que ustedes. Llevo ya seis horas en la cola.

—Y a mí qué me importa. ¡Allá atrás, al rabo, so puerca! Y la noticia corre como la pólvora. Aquella niña es hija de un “carca”, es decir, de un católico. Y comienza la pelea de blasfemias y de insultos, tan soeces que no pueden reproducirse.

La niña tiene que ir de nuevo al final de la cola. Lleva allí desde las cinco de la madrugada y son las doce. Llegará al mostrador a las tres de la tarde y presentará un vale de una libreta para que se le dé medio libro de leche. Se le mirará a la cara. Sus facciones correctas serán un delator imprudente y entonces se le recogerá el vale para inutilizarlo, porque no sirve más que para un día y no se le despachará. ¡Se ha concluido la leche! Entonces la

niña se volverá sin el sustento a una buhardilla, donde la espera una abuelita de cara arrugada y una madre viuda envejecida por los disgustos, con cuatro hermanitos que no se atreven a jugar junto al balcón por miedo a las balas, que a veces entran horadando las maderas de la ventana.

La botella de medio litro de leche para calmar el hambre de siete cuerpos viene vacía ¡Son carcas!

Por lo visto, en el paraíso de los soviets no tienen derecho a vivir más que las ramera, las harpías, los asesinos de los curas y de los hombres que rezan en las iglesias.

EN OTRA DE LAS COLAS

—¿Y tu marido?

—Matando curas. ¡A ver si no queda ni uno para semilla!

—Oye ¡Fíjate en esa mujer que está llorando. Mira que llorar en estos días de jolgorio.

—Señora, ¿por qué llora usted?

La mujer se seca los ojos con un pañuelo y no responde. Clava la mirada en el suelo y acaricia la cabecita de un angelito que se le pega a las faldas negras, como si viese delante de sí una jauría de perros.

De allá cerca sale otra voz de mujer:

—Es que le han fusilado dos hijos en el Tránsito.

La mujer permanece callada y sigue llorando.

Más allá se oye otra voz que grlta:

—Es que tiene también a su marido en el Alcázar.

—¡Señora! ¿Y por eso está usted llorando? Pues métase las lágrimas pa dentro: mire que la delato a mi marío que está en el Comité y le damos el "paseito" por el Tránsito.

Esta era la vida en las calles de Toledo. Y las familias honradas iban todas desapareciendo camino del Tránsito.

UNA VOZ DEL CIELO EN EL INFIERNO

Entretanto, los defensores del Alcázar están atristados, porque su radio apenas si tiene fuerza para recoger sólo las noticias pesimistas de los rojos, que son cada día más abrumadoras. Se esfuerzan por redoblar la potencia de las pilas, buscan, maniobran a ver si pueden captar algún despacho

de los suyos, y, cuando menos lo esperaban, una voz de mujer, como si viniera del cielo, desde Radio Portugal, les envía noticias optimistas y auténticamente españolas, llenas de entusiasmo, que inflaman la esperanza y el ardor bélico.

Así pasan los días, sin más acompañamiento que la metralla del enemigo, cada día más encarnizado.

¡PROVISIONES!

Pero, ¡oh, milagro! Un día aparece allá a lo lejos un punto negro con un gran ruido de motor distinto a los acostumbrados. En un instante vuela por encima de sus cabezas, casi rozando las torres del Alcázar, y les lanza dos fardos. Uno que cae en medio del patio y otro fuera del recinto y que puede recogerse momentos después. Por el suelo se han esparcido unas cajas de lata. Hay conservas, leche condensada, chocolate... hasta un jamón. Pero... ¡Atención! no vayan a estar envenenados. Poco después se encuentra un tercer bulto con cartas y periódicos de los suyos. ¡Es un avión español! Gritos de alegría ¡Vendrán a por ellos! Esperanza de triunfo inminente. Lo anuncia un mensaje rubricado por Franco con fecha 22 de Agosto de 1936.

Emoción indescriptible... ¡Estaban salvados!... ¡Dios!... ¡Dios!... ¡Milagro!... ¡Milagro!...

Y al día siguiente "Radio Club Portugués" completaba los detalles.

Para celebrar la fiesta del avión hubo un gran festín dentro del Alcázar. Muchos de los defensores renunciaban a la ración que les correspondía de la parte del avión en beneficio de los niños. Contrastaba con estos sentimientos tan delicados la furia de los rojos, que, tal vez enterados de nuestra situación de ánimo, redoblaban sus furores, ametrallándonos copiosamente.

Los rojos, en su radios, siguen mintiendo, anunciando "que los defensores del Alcázar van a rendirse, faltos de víveres, porque los dos aviones que venían a socorrerles han pasado muy altos y los víveres han caído fuera del Alcázar".

Los defensores, al enterarse de tales patrañas, las celebran estrepitosamente, contentísimos de que al fin la ver-

dad se ha abierto paso y que no tardará mucho en llegar la hora de la justicia.

Del General Mola también han recibido un mensaje entusiasta. Ya están sus almas en comunicación con el alma española. La Patria está contenta de ellos. El mundo entero los contempla. Resistencia, pues, a todo trance. ¡Arriba España!

PARLAMENTARIOS

Los rojos, viendo que se les escapa la codiciada presa, han cambiado de táctica. Ya no envían metralla y aparentan que sienten dolor por tan inocentes víctimas. Desean parlamentar. Moscardó recibirá al enviado de los rojos con todas las precauciones posibles para ver lo que se proponen.

—Fué un momento de intensa emoción— escribe el mismo Jefe del Alcázar— el ver aquel hombre, que para nosotros, los sitiados, venía de otro mundo distinto al nuestro, avanzando con los ojos vendados guiado por las manos de dos de nuestros oficiales. Avanzaba lentamente. Tenía aquello algo de cortejo fúnebre, de marcha al cadalso...

El Jefe del Alcázar, al quitarle la venda, se encontró frente a frente de un antiguo amigo suyo. Ambos quedaron solos, permaneciendo únicamente un Comandante para poder reproducir con toda exactitud el diálogo.

El parlamentario reflejaba una extraña inquietud, que tuvo que disipar el caballeroso Moscardó, asegurándole que podía estar tranquilo. Tal vez la hecatombe que tenía ante sus ojos daba fuertes sacudidas a su conciencia. Y, todo tembloroso, le entregó en nombre del Comité de Defensa de los rojos un papel con las condiciones para su rendición:

- 1.º.— Garantía completa de todos los residentes en el Alcázar.
- 2.º.— Libertad inmediata de las mujeres, soldados y niños menores de diez y seis años.
- 3.º.— Todos los demás serían entregados a los Jueces militares para que delimitasen su culpabilidad.

El caballeroso militar Moscardó, a medida que iba leyendo el papel, reflejaba en su rostro la indignación que la iba produciendo la lectura, y se veía en las miradas fur-

tivas que lanzaba al antiguo amigo que se había prestado a realizar una comisión tan repugnante, que hacía visibles esfuerzos para no arrojárselo al rostro. Pero, dueño de sí, tomó la pluma y contestó, también por escrito: "Desde el último soldado hasta el Jefe rechazan dichas condiciones y continuarán la defensa del Alcázar y de la dignidad de España".— Toledo, 9 de Septiembre de 1936. (Un sello y firmado).— El Comandante Militar de Toledo."

De palabra, añadió que para ocupar el Alcázar había que venir a tomarlo; que él sólo lo entregaría por la fuerza y que todos estaban dispuestos a que fuese un cementerio aquel lugar, pero jamás un muladar. Después, todos los oficiales se presentaron ante el parlamentario, compadeciéndose de que hubiera tenido tan poca dignidad para desempeñar tan triste papel. Y como todos rechazaron los ofrecimientos particulares que les hacía, alguien, víctima del tremendo vicio de fumar, debió hacer alguna ligera indicación al tabaco, porque el parlamentario, muy respetuosamente, volcó su petaca sobre la mesa.

Le volvieron a cubrir los ojos y cuando Moscardó lo perdió de vista exclamó misericordioso: ¡Pobre ciego! No ha visto que Dios y España están con nosotros.

El Coronel Moscardó hubo de hacer antes al parlamentario dos ruegos: Uno que les enviase a un sacerdote y otro que hiciese llegar a su esposa y a sus hijos una carta de despedida.

Su propósito era de sucumbir, antes de rendirse bajo aquellas ruinas, si no llegaba a tiempo el socorro que esperaban.

LA EXTRAÑA MISION DEL PADRE CAMARASA

El día 11 por la mañana, la bocina de las Inmediaciones del Alcázar anunciaba de nuevo la presencia de un hombre ante el Alcázar. Era el sacerdote don Enrique Vázquez Camarasa.

Con las mismas precauciones que al anterior parlamentario se le envendaron los ojos, recibiendo solo el Coronel Moscardó en los sótanos.

¡Venía nada menos que en nombre del Gobierno rojo, para implorar la rendición!

El Coronel con frase decisiva y de un tono firme le atajó en seguida:

—¡No, señor!... ¡No, señor! Lo único que necesitamos de usted es que celebre el Santo Sacrificio de la Misa, confiese a estos defensores y bautice a dos niños aquí nacidos.

El espectáculo era de una solemnidad verdaderamente trágica. Jamás la religiosidad pudo alcanzar en aquellos sótanos ni mayor emoción ni más relieve histórico.

El olor fétido de la estancia era el único incienso que podían ofrecer al Señor aquellos mártires defensores del honor de España.

El sacerdote, tal vez pudiendo en él más la sutileza del enviado político que la grandeza espiritual de aquel momento tan santamente sublime, dirigióles la palabra como para que desistieran de toda resistencia inútil, emplazándoles ante el Señor cual si tuviesen sus minutos contados.

Es de advertir que el Padre Camarasa era un verdadero maestro en el arte de la oratoria y su elocuencia sagrada, reconocida en toda España. Conocía muy bien, por consiguiente, los efectos patéticos para apoderarse de las almas.

Las madres lloraban clamorosamente, abrazándose a sus hijos, ya convencidas de que al marcharse el sacerdote estallarían la formidable mina que les habían anunciado y que seguramente morirían todos enterrados.

El Padre Camarasa insistió especialmente cerca del Jefe en que dejase salir a las mujeres y los niños, porque creían en Madrid que se las coaccionaba para que permaneciesen dentro del Alcázar.

Moscardó sabía, como padre atribulado con lo de su hijo, a qué atenerse sobre los verdaderos sentimientos humanitarios de los rojos.

Llamó a una de las mujeres, le explicó lo que decía el sacerdote y la dejó en libertad de obrar con sus compañeras por su cuenta.

En seguida vino de ellas la respuesta:

—¿Coaccionarnos a nosotras? ¡Jamás! Aquí estamos nosotras al lado de los nuestros por nuestra propia voluntad y no saldremos solas sino todos unidos y todos libres. De lo contrario, preferimos morir con ellos. Esta vez las mujeres españolas del Alcázar superaron en grandeza épica a las mujeres de España.

Explica el mismo Coronel Moscardó :

—El sacerdote presionaba sobre mi conciencia para hacerme desfallecer como si yo fuera responsable de la pérdida de aquellas vidas.

Consulté con mi conciencia, me arrodillé ante la Virgen para que Dios me inspirara, pero la voz de arriba, bien claramente, me decía que había que persistir en el cumplimiento de mi deber, y me absolvía de no entregar a la ferocidad marxista aquellos seres inocentes, a pesar de lo que me decía el sacerdote, y sobre los cuales yo me sentía paternal y espiritualmente su santo depositario.

Aquel sacerdote ya no nos hacía falta, y lo despedimos también, compadeciéndole de su triste misión, como al anterior parlamentario.

Aun hubo otro conato de parlamentarismo capcioso, enviándonos como tercer parlamentario al representante de Chile. Cuando sonó la bocina ya estábamos hartos de tanto parlamento y la respuesta se la comunicamos expeditiva:

“Que todo lo que tuviese que hablar, lo hiciese directamente con el Gobierno del General Franco, cuyas solas órdenes eran las que se acataban en aquella fortaleza y que trajesen la respuesta con un autógrafo de dicho general para acatar su mandato”.

Así obran los caballeros y los verdaderos militares.

EL NUMEN POETICO Y LIRICO DE LOS DEFENSORES DEL ALCAZAR

“El héroe” de Gracián, tal como lo concebiera nuestro gran clásico “sumun” de virtudes y aptitudes excelsas dentro de la religión”, estaba encarnado en todos los defensores del Alcázar, pues aquellos hombres se superaban en todo. Llegaron hasta componer un himno, con música, que coreaban admirablemente entre aquellas paredes sin bóvedas. Hélo aquí:

“Cantemos del Alcázar las glorias de la raza,
cantemos con orgullo los rasgos del valor,
a fin de que resurja grandiosa nuestra España,
con plétora de vida y espléndida de honor.

Luchemos con denuedo
con ímpetu y ardor.
rompamos el asedio
con ímpetu y ardor

Heroicos militares, intrépidos paisanos,
templemos los aceros al rudo pelear.
Juremos no rendirnos, diciendo a los tiranos:
¡Nosotros, a la Patria, tenemos que salvar!

Traidores y farsantes
que negáis la Religión
y albergáis en vuestros pechos
el rencor y la pasión:
no olvidéis que en la contienda
se decide el porvenir
y por eso lucharemos
bien dispuestos a morir.

Esas bombas y granadas
que nos tiran sin cesar,
estallando en nuestro Alcázar
no lo pueden derribar.

La victoria está cercana
y precisa combatir,
demostrando a los rufianes
que podemos resistir."

Y termina con esta aclamación:

¡Valerosos defensores del Alcázar! ¡Viva España!

Contra las bombas, cuando ya se ponían pesados los ro-
jos cantaban:

Esas bombas y granadas
que nos tiran sin cesar
nunca pueden abatirnos
ni tampoco amedrentar.

Al Corazón de Jesús cantaban:

Tu reinarás: este es el grito
que ardiente lanza nuestra fé
Tu reinarás: ¡Oh, Rey bendito!
pues Tu dijiste: "Reinaré".

Aquí estaba la raza eterna de los Garcilaso, de los Jorge Manriques de los Santillanas y de tantos poetas y soldados que dejaban la espada después de la pelea para entonar su espíritu al son de su lira. Diríase que los defensores del Alcázar resucitaban también la época de los romances que los niños en sus juegos han de eternizar para memoria y encanto de las futuras generaciones.

Es la lírica en acción, cuyas rimas, sin pulimento alguno y con encanto natural, nacen del alma.

LAS ACTUACIONES DE LOS ROJOS ANTE EL ALCAZAR

Era para ellos el Alcázar un fantasma y una pesadilla. Todos sus furores y alucinaciones criminales se concentraban contra el santuario de la espiritualidad hispánica, que no encontraban medio destructor para abatirlo. Diríase que el espíritu de los defensores era más fuerte que el granito de sus espesos muros.

Los sitiados sufrieron incommovibles 3.300 disparos del 15 y medio; 3.000 del 10 y medio; 3.500 del 7 y medio; 2.000 de morteros; granadas de mano, 1.500; petardos, 2.000; ataques de aviones, 30; bombas de avión, 500; latas de gasolina desde los aviones, 35; botellas de líquido inflamable, 200, sin contar las descargas y paqueos de la fusilería.

Los rojos habían desplazado los mejores mineros a Toledo para volar el Alcázar. Su táctica era la misma que tan buen resultado dió para volar el cuartel de Guadalajara. Una bomba de 5.000 kilos de dinamita y trilita derrumbaría todo el Alcázar y ellos acabarían con los supervivientes con una granizada de bombas de mano.

Pero aquí se les volvió el santo de espaldas. Los cobardes, antes de hacer estallar tan descomunal carga de explosivo, tenían ser ellos mismos víctimas de la explosión y tomaron un verdadero lujo de precauciones: 25 dinamiteros asturianos dirigieron los trabajos de zapa. Estaban ya seguros de antemano de que, al fin, el Alcázar sería rojo.

Esta situación parece como si la presintiesen los sitiados. Colocaron a las mujeres y a los niños en la parte opuesta a donde se sentían los ruidos subterráneos. Cada uno ocupó el sitio fijado por el Mando y se dió la orden de que fuere como fuere la última gota de vida había que emplearla matando.

Moscardó necesitó toda su fortaleza sobrehumana para no dejarse abatir por aquellas fatídicas presiones del Padre Camarasa. Aun volvió al altar de la Virgen para pedir perdón si en su afán de combatir por la dignidad de la Patria y en nombre de Dios sacrificaba aquellas inocentes víctimas. ¿No había sacrificado también él a su entrañable hijo, que las turbas lo asesinaron cobardemente en la calle después de la conferencia telefónica tan horrible? Nada sabía de los demás seres de su familia, que no habían tenido tiempo para incorporarse en el Alcázar. Su mujer y sus otros hijos los daba por muertos y en él no estaba la posibilidad de salvar más que la causa de Dios y el honor de España.

Días antes de la explosión final las turbas habían asesinado a la mayoría de los sacerdotes, en condiciones tan horribles que hizo exclamar al Primado Cardenal Gomá:

"Toledanos: nuestra ciudad y diócesis han pagado un tributo enorme de vidas sacerdotales. Esto es una gloria y una infamia. La gloria del martirio no amengua la infamia de los verdugos."

El saqueo, el robo, el asesinato, la violación: todo se lo permitían aquellas turbas enfurecidas. ¿Qué confianza podía inspirar al Jefe defensor del Alcázar la proposición que se le hizo de que serían respetadas las mujeres?

MOSCARDO SE ENCOMIENDA A LA VIRGEN

Y la Virgen le oyó.

El estruendo de la mina fué inenarrable. Parecía como si hubiera volado toda la ciudad. Las torres, estrepitosamente se derrumbaron. Enormes piedras y hasta un camión fueron lanzados a enormes distancias. Algunos defensores fueron sepultados. Otros cegados y anonadados por la explosión; pero reaccionaron valerosamente, ocupando en seguida los puestos que se les había designado. Habían sido dos las explosiones, casi simultáneas, y el Alcázar quedaba al descubierto para un fatal asalto. Efecto de la emoción, una parturienta dió a luz anticipadamente a una niña. Las mujeres, desatadas, como locas, prorrumpían en lamentos ensordecedores. Algunos permanecían medio enterrados y sucumbían dando vivas a España. Otros, con las piernas sujetas entre las ruinas, levantaban los brazos heroicos animando a los defensores. Estos, resueltamente, comenzaron a rechazar a tiros

a los cobardes asaltantes, que avanzaban como atemorizados de su gran crimen y sorprendidos de que el montón de cadáveres que ellos creían encontrar resucitase con aquellos arrestos.

La chusma enfurecida seguía a los carros de asalto y al nutrido y bien provisto ejército rojo que minuciosamente se había procurado todos los elementos para el asalto.

Aquellos monstruos más bien parecían una manada de fieras que van trepando sobre los escombros, llegando hasta los sótanos del Alcázar, que han quedado al descubierto. Pero el furor de los defensores se desboca. Como héroes de ultratumba, detienen con sus bombas de mano y las ametralladoras, llegando al cuerpo a cuerpo, al enemigo, incluso al tanque hasta donde minutos antes existía la puerta del Alcázar. Es una lucha de leyenda épica, cuya realidad sobrepuja la más fogosa imaginación.

Un miliciano rojo logra clavar entre dos paredes una bandera roja. Es el marxismo rojo que desafía a la España de Carlos V. Y aquel pingajo abrasa el corazón de los defensores que gritan como leones: ¡A por ella! Y, a trueque de algunas bajas, unos cuantos iluminados, ebrios de sentimiento patriótico, se lanzan pistola en mano, matando a todo el que se les pone por delante, cuyos cadáveres arrojan al abismo por el límite del foso, hasta que se apoderan del siniestro trofeo, poniendo en su lugar la gloriosa y auténtica Bandera española. Dos de aquellos heroicos oficiales han caído heridos, pero tal hecho de armas ha infundido nuevo valor a los defensores, que no cesan de luchar, con tal ahínco, que a la una de la tarde puede considerarse el asalto rojo fracasado, dejando los rojos unos 200 cadáveres entre las ruinas.

Como venganza a su completo y bochornoso fracaso, lanzaron después 272 proyectiles de cañón.

Una victoria sin rival en los anales de la historia sólo había costado a los defensores del Alcázar 13 muertos y 48 heridos. En cambio el número de los heridos rojos era tan considerable que los camiones para conducirlos obstruían la entrada del puente de Alcántara.

Entre las mujeres del Alcázar no hubo ni una sola baja. Más bien, caso insólito en los fastos de los combates, se había producido un alta por nacimiento acelerado, debido a la

explosión de la mina: una encantadora niña que parecía el querubín de la victoria.

En el periódico que se publicó al día siguiente no podía señalarse ninguna distinción, porque todos habían sobrepasado los límites naturales del heroísmo, y se alentaba igualmente a todos a proseguir la lucha a muerte, hasta el final.

UNA FELONIA DE LOS ROJOS

Tan tremendo fracaso lo radiaron al mundo como una proeza, asegurando que habían tomado el Alcázar después de reducir a silencio la fortaleza. Pero las radios nacionales deshicieron en seguida tal villanía y la indignación del mundo civilizado no tuvo límites, mezclada al entusiasmo desbordante que se produjo en toda España y en algunas capitales del mundo entero al conocer los detalles de la resistencia del Alcázar.

En la República del Brasil se celebró este glorioso hecho histórico guardando la Cámara de Diputados un conmovedor minuto de silencio para los caídos del Alcázar, y enviando un saludo entusiasta al Generalísimo Franco para los supervivientes.

Los cadetes franceses de la Escuela militar de Saint Cyr adoptaron como enseña para su curso de estudios el glorioso título de "Alcázar". Nombre glorioso que dió la vuelta al mundo, enalteciendo la epopeya de la auténtica España y sumiendo en el descrédito la causa de los rojos españoles.

Se habían escrito para los defensores del Alcázar aquellas augustas palabras del Evangelio: "No está la victoria en la multitud de los combatientes sino en la fortaleza que desciende del Cielo".

MOMENTOS SUPREMOS

Dentro del Alcázar es la lucha terrible entre las radios favorables y adversas, que interfieren, para favorecer al enemigo, todo lo que puede enaltecer su gloriosa resistencia. Cuando logran saber que la columna libertadora de Yagüe va acercándose, se les ensancha el corazón.

Pero la Unión Radio Madrid y la Radio francesa les ha cortado las notas vibrantes que les servían de alimento a

su optimismo y de fluído a su enloquecedora esperanza. El cañón rojo tira con la intensidad de un fusil, sin duda para que no lleguen a sus oídos los ecos de la liberación que se acerca. Aun han tenido que rechazar dos ataques de los rojos. Pero es tal el pánico que sienten ante los héroes del Alcázar que han bastado dos salidas para asustarlos.

La verdadera situación la reflejaban estas palabras que el día 20 escribía en su diario uno de los combatientes:

"Solo dos palabras en el día de hoy. Situación crítica, de verdadera angustia. Gracias a la fe que Dios nos dá, podemos tener fuerzas para sostenernos en esta lucha por la salvación de España y esperando las columnas que vienen a socorrernos. En Dios confío y a la Virgen le pido que nos dé ánimo y valor para sostenernos hasta el último momento"

Ya habían agotado hasta los límites de la resistencia humana.

El día 21 se hundía estrepitosamente todo el varillaje de la torre, que se sostenía milagrosamente. Los rojos aceleran la destrucción a medida que se acerca nuestra columna libertadora.

El día 23 se rechazan dos nuevos ataques, lo que elogia el Jefe Moscardó, diciendo que se siente orgulloso de tales héroes, y abrigan la esperanza, de que pronto podrán ofrecer al Caudillo el trofeo glorioso del Alcázar.

LIBERACION

Dicen los defensores:

El día 24, los vigías del Alcázar anuncian los síntomas de una retirada general de los rojos.

Amanece el día 25. Un sol resplandeciente nos deja percibir con intensa emoción los ecos tenues, pero ciertos, del cañón nuestro.

El clamoreo es general por el Alcázar. ¡Ya están ahí! ¡Ya se oyen! ¡Son ellos! ¡Los nuestros que llegan! ¡Ya estamos salvados! ¡Arriba España! Ya de mañana tres de nuestros aviones se acercan al Alcázar para saludarnos.

¡Animo! La emoción es indescriptible. Todos sentimos latir apresuradamente el corazón y los ojos bañados en lágrimas. A la una de la tarde corren los marxistas, y los nuestros se acercan. Desde nuestros parapetos presenciábamos estos movimientos sorprendentes.

Nuestros aviones de bombardeo dispersan las columnas marxistas.

¡Pero llega la noche. ¡No podemos dormir! Acostumbra-
dos al cañoneo incesante del enemigo, aquel silencio sepul-
cral nos produce tal estremecimiento que no podemos resis-
tir de emoción.

El día 26 siguen las peripecias del combate. Nos entera-
mos de la orden que ha llegado de Madrid para los rojos.
"Morir antes que perder la presa del Alcázar." ¡Esa es
la consigna!

Y los rojos vuelven sobre el Alcázar... Una oleada de
gases asfixiantes invade los sótanos y los puestos de comba-
te... Otra mina de más potencia estalla bajo los escombros...
¡Ni una víctima! Son los últimos aletazos del monstruo que
se siente humillado. Aun vuelven los tanques, que arrojan
fuego entre los escombros.

Son precisos nuevos y mayores actos de heroísmo... Ya
se retiran... Allí han quedado un montón de cadáveres... Es
el último ataque... Antes de abandonar la ciudad van des-
truyéndolo todo por donde pasan, como el caballo de Atíla.

¡Ya están los nuestros a la vista! Vemos ya sus caballos.
Los grupos de regulares. Se iza en el Alcázar la Bandera
española para saludarles.

Entretanto, el Coronel Moscardó dando una prueba de le-
gendaria hidalguía española, reúne a los rojos que tiene pri-
sioneros con algunas mujeres y les pregunta si tienen que
alegar alguna queja de ellos, y como todos, muy agradecidos,
le contestan que no, les da la libertad y recoge su testimonio
por escrito, que hace llegar a los rojos para que les sirva
de ejemplo. ¡Nobleza vana! No respetan a nadie. Tras de sí
dejan montones y montones de cadáveres de personas de de-
rechas: mujeres, hombres, niños en macabras posturas, me-
dio desnudos, que dan muestras de la horrible agonía de
su martirio.

Ante aquellos cuadros de horror, los nuestros no se pue-
den contener, y a los rojos que se defienden tras de las ta-
pias del cementerio les imponen un ejemplar castigo. Todo
lo arrollan y dejan el campo sembrado de cadáveres que en
su agonía levantan el puño, pero maldiciendo a la España
roja y a la Rusia soviética que los han engañado.

El Jefe del Alcázar, prudente, permanece a la expecta-
tiva, porque supone con algún fundamento que todas las

salidas están sembradas de minas, limitándose desde los sótanos a cooperar en el combate contra los rojos, a quienes, después de una lucha encarnizada, que dura todo el día, se les barre materialmente, produciéndoles más de 3.000 bajas y 1.200 prisioneros.

Todos los alrededores de Toledo estaban tomados. Pero aquella noche los valientes legionarios y los regulares, no pudiendo contener su impaciencia, ni dejar a los defensores del Alcázar pernoctar solos, se aventuran a gatear entre las ruinas, siguiendo algunas escarpadas, y entran de improviso por el gran boquete que había producido la última mina:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—¡España! ¡Los vuestros! ¡Los regulares! ¡Viva España! ¡Vivan nuestros hermanos del Alcázar!

Era ya de noche. Entraron los primeros los regulares. Minutos después los del Tercio. Llegan a los sótanos, donde los defensores, a la luz tenebrosa de las bujías con grasa de caballo, unos a otros se miran como espantados de alegría cual si fueran unos aparecidos del otro mundo. El aspecto de algunos con sus barbas hirsutas, sus ojos desencajados y sus rostros bronceados es de un efecto fantástico.

Todos se abrazan entrañablemente a los gritos de ¡Viva España! ¡Viva la Virgen del Alcázar! Los libertadores vacían sus sacos para proveer a sus libertados. Estos quisieran corresponder con ellos y les ofrecen lo que antes en el Alcázar constituía el mejor manjar, unas migas con grasa de caballo.

—Pero, ¿es esto lo que comían ustedes?

—Eso era lo mejor que teníamos.

Las viandas se aceptan para la enfermería; pero... lo que necesitaban ellos era tabaco... Y llovieron en seguida las cajetillas, llegando algunos a embriagarse de tanto fumar.

Agotados por la fatiga y la emoción, cayeron vencidos por el dulce sopor angelico en plena gloria. La Patria, orgullosa y agradecida con aquellos hijos tan sublimes, hizo toda la noche una guardia de honor, nimbando en sus heroicas y sufridas cabezas, una aureola de santidad.

LA SEÑORA DE MOSCARDO

Aun costó bastante sangre el rendir desesperada resistencia de los últimos milicianos, que vendían caras sus vidas.

Los soldados libertadores iban de casa en casa descubriendo al enemigo, cuando en uno de los umbrales se oía una voz apagada que llegaba de un aposento cerrado por fuera con una cuerda. Abrió la puerta un soldado y encontró a una pobre mujer con un niño, que estaban allí detenidos y asustados con el incesante tiroteo.

—¿Quién es usted?

—Soy la esposa del Coronel Moscardo.

—¿Del defensor del Alcázar? Señora, la felicito. Ha sido un héroe.

—Sí, pero le ha costado la vida.

—¿Cómo la vida? Si le hemos visto sano y salvo en el Alcázar.

—¿No me engaña usted? Porque los rojos habían asegurado que lo habían matado y que se había entregado el Alcázar.

—Venga, señora. Ahora mismo lo va usted a ver.

—Pero... ¿Vive?... ¿Vive mi esposo?

—No lo dude usted.

—¡Virgen Santísima! ¡Madre misericordiosa! ¡Qué buena has sido conmigo!

Y rompió a llorar, abrazando a su hijo Carmelo, que lloraba también.

LLEGADA DEL GENERAL VARELA

El General Varela hizo su entrada en el Alcázar acompañado, entre otras personalidades, del señor Fal Conde, Jefe de los Tradicionalistas.

Un defensor del Alcázar, al reconocerlo, le grita.

—¡Don Manuel! ¡Bien venido! Aquí le tengo guardado un recuerdo del museo: la boina del General Zumalacarre-gui.

El General Varela, impresionante, avanza y se detiene ante los defensores, que le esperan formados marcialmente.

El Coronel Moscardó, lleno de emoción, se cuadra militarmente ante él y con la mano en la frente exclama con viril energía:

—¡Mi general! ¡Sin novedad en el Alcázar!

Los dos héroes se abrazan fuertemente, conteniendo las lágrimas.

Franco y Millán Astray entran poco después.

Y el mismo saludo y la misma emoción.

En su mente, el bizarro defensor del Alcázar, con aquella frase tan militar y placentera, quería decir: ¡El Alcázar no se han rendido! ¡España sigue siendo España!

Uno de los supervivientes, Antonio Rivera, perdía la vida a chorros, pero fué tal la alegría que experimentaba al ver libertado el Alcázar, que, sintiéndose morir escribía a sus padres: "Muero tan dichoso que desearía celebráseis mi alegría bebiendo todos juntos una copa de champagne".

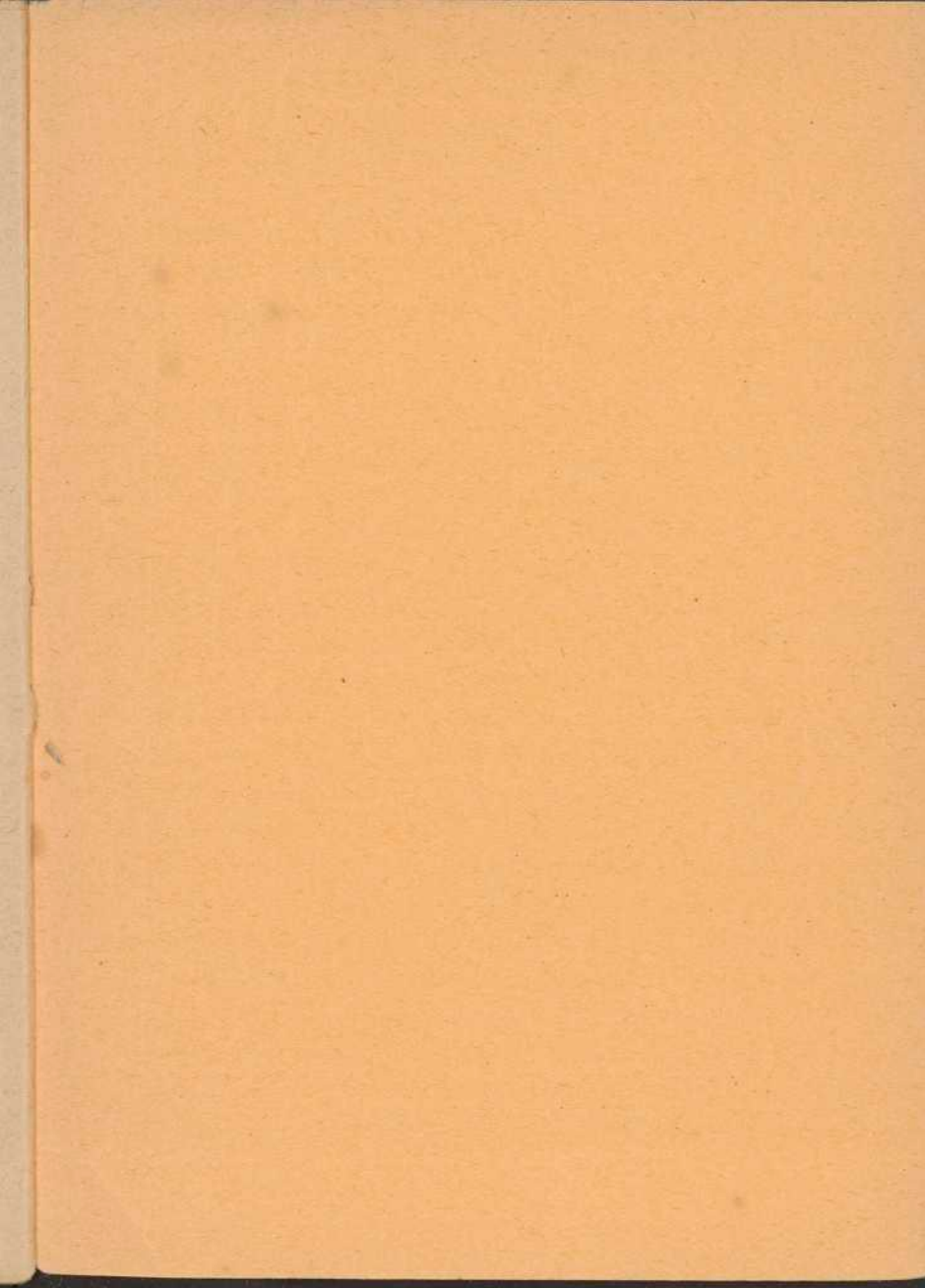
* * *

La Epopeya del Alcázar como uno de esos hechos cumbres únicos en la Historia, que immortalizan a una raza y glorifican la humanidad, había terminado. España se había salvado, y los rojos, cubiertos de oprobio, merecían la reprobación del mundo civilizado.

Tal es la suerte de toda empresa criminal ante las prerrogativas del espíritu inmarcesible.

¡Llor a España! que, al salvarse a sí misma en el Alcázar, ha salvado también la civilización cristiana contra el impío materialismo soviético.

"HISPANICO"



R
4549

Españoles:

Para no ser extraños
y poder apreciar lo
despertar de una r
y agonizante, y ac
virtudes la admi
"BIBLIOTECA HI
"lo que debe sabe
si ha de contribuir

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA CENTRAL



10000252419

Documentación Común
Depuración de los Hechos
Espiritualidad Hispánica
Conocimientos Útiles

Precio del ejemplar, UNA PESETA

Por suscripción anual a los 12 volúmenes
10 PESETAS

CENTRO DE SUSCRIPCIONES

Imp. y Lib. de Jalón Mendici-Logroño

(Grandes descuentos a los Libreros, Centros Ofi-
ciales, Culturales y Escolares)